



**PRIMERAS JORNADAS
INTERNACIONALES
DE
ESTUDIOS DE GÉNERO
del Nordeste Argentino y
Países Limítrofes**

ORGANIZADO POR CIDEG

**9 y 10 de Agosto de 2018
Resistencia, Chaco, Argentina**

ISBN: 978-987-3619-39-7

El Centro Interdisciplinario de los Estudios de Género (CIDEG), creado por Resoluciones Nº 406/11-CD y 054/13-CD de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste, es un espacio de estudio y trabajo que desde sus inicios, contribuye con la consolidación de los estudios sobre mujeres y género.

El abordaje de las problemáticas sociales vinculadas a las cuestiones de género, implican por un lado, un compromiso ético e ideológico de respeto y valoración a la condición humana y. por otro, la convicción de que solamente con la sinergia de esfuerzos será posible constituir una sociedad más justa e igualitaria. En consecuencia, generar espacios de reflexión y análisis crítico, se convierte en un ámbito pertinente para apropiarnos de los conocimientos básicos e insertar la perspectiva de género en nuestros discursos y prácticas profesionales.

La articulación entre el CIDEG- a través de sus acciones de docencia, extensión e investigación-, y los diferentes sectores educativos, estatales, privados, organizaciones y movimientos sociales, facilitará la intervención en espacios de la cotidianeidad y permitirá el trabajo conjunto en el diseño, implementación y evaluación de políticas públicas con perspectiva de género, que favorezcan el ejercicio de los derechos humanos y el fortalecimiento de la ciudadanía.

Es por ello, que desde una perspectiva abierta e interdisciplinar, diseñamos estas *Primeras Jornadas* esperando que el encuentro favorezca espacios de comunicación, reflexión dialógica y debates relacionados con género, feminismos y sexualidades.

Aspiramos a que representen un espacio para compartir miradas, reflexiones y avances sobre procesos socio-históricos, la configuración de subjetividades e identidades contemporáneas.

Por esto, en este evento, es que al reunir a docentes, investigadores, alumnos, profesionales y especialistas de los distintos ámbitos de la cultura, entendemos que la proyección de estas jornadas, nos posicionarán difusores comprometidos en impulsar y profundizar los aportes relacionados con género y que los mismos sean reales contribuciones a los distintos campos disciplinares de la cultura.

Comisión Organizadora
Resistencia, Chaco – Agosto de 2018

Primeras Jornadas Internacionales de Estudios de Género del Nordeste Argentino y Países Limitrofes : Actas de Primeras Jornadas Internacionales de Estudios de Género del Nordeste Argentino y Países Limitrofes / Myriam Mandirola ... [et al.] ; compilado por Viviana Claudia Pértile ; Vilma Lilián Falcón ; coordinación general de Silvia Mabel Novoa ; Analía Silvia García. - 1a ed. compendiada. - Corrientes : Universidad Nacional del Nordeste. Facultad de Humanidades, 2018.
Libro digital. PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-3619-39-7

1. Estudios de Género. 2. Epistemología. 3. Jornadas. I. Mandirola, Myriam II. Pértile, Viviana Claudia, comp. III. Falcón, Vilma Lilián, comp. IV. Novoa, Silvia Mabel, coord. V. García, Analía Silvia, coord.
CDD 120

ISBN 978-987-3619-39-7



Las ideas, opiniones e interpretaciones vertidas en los resúmenes extendidos pertenecen exclusivamente a cada uno de los autores.

“MI MARIDO ME AYUDA MUCHÍSIMO”. CÓMO GESTIONAN LAS CIENTÍFICAS EL TRABAJO REPRODUCTIVO

Zapata, Carolina Elizabeth

Facultad de Ciencias Económicas-UNNE.

carolinazapata.ctes@gmail.com

Introducción

En América Latina, las ciencias constituyen un ámbito propicio de actividad para las mujeres, ya que, comparando la participación de la mujer en la economía en general con su trabajo en las ciencias, ocupan el 46% de los cargos en investigación, mientras que a nivel mundial, sólo llegan al 29% (Rodigou Nocetti y otros, 2011). Sbarbati (2015) expresa que “según el Instituto de Estadísticas de la UNESCO, 2012, el porcentaje de mujeres científicas es de 62% para Argentina [...] La alta tasa de Argentina hace subir a 46% el porcentaje global de América Latina, siendo así el mayor del mundo por región”. Sin embargo, esta actividad tiene una característica particular, como dirían Wainerman y Sautu (2001) “la investigación es una forma de vida, además de un medio de vida. Esto significa que no se hace con horario de oficina sino en todo momento: se cuela por los intersticios de la vida cotidiana”.

Del enunciado anterior, se puede deducir la importancia que una investigadora le da a su trabajo, y que debe dedicarle gran parte del día a su actividad profesional (trabajo productivo). Sin embargo, también existe la construcción histórica de que las mujeres son las encargadas de llevar adelante las tareas de cuidado del hogar y de los hijos (trabajo reproductivo). En relación a esto último, surgen los interrogantes: ¿cómo gestionan las científicas las tareas reproductivas? ¿consideran tal gestión como un conflicto? Para contestar estos interrogantes, es necesario tener en claro ciertos conceptos y teorías que nos servirán para analizar los resultados de las entrevistas realizadas a becarias e investigadores del Instituto de Investigaciones Geohistóricas CONICET/UNNE.

La división sexual del trabajo

Desde la Revolución Industrial pudo observarse más nítidamente que quienes salían de los hogares para insertarse en las fábricas fueron los hombres, considerados fuertes, mientras que las mujeres se recluían en sus hogares, pariendo y criando hijos, lavando y cocinando para asegurar la reproducción de la fuerza de trabajo de sus maridos e hijos que ya estaban en edad de trabajar (Scott, 1993). El ingreso masivo de las mujeres al mercado laboral se ve en la segunda mitad del siglo XX, el cual fue posible a varios otros factores, como la formación profesional femenina, las modificaciones en las estructuras familiares (aumento de las familias monoparentales), el surgimiento de movimientos feministas, entre otros (Rodigou Nocetti et al, 2011).

El estudio de género considera que existe una construcción histórica y social acerca de los roles, identidades y valores que son atribuidos a varones y mujeres e internalizados mediante los procesos de socialización. En el mundo del trabajo, este concepto de género se utiliza para comprender el papel que juega la sociedad determinando la división sexual del trabajo y la asignación y valoración del trabajo desempeñado por mujeres y hombres (Álvarez, 2011).

Cuando hablamos de división sexual del trabajo nos referimos a la asignación de roles, funciones, espacios, actividades, tareas diferenciadas para mujeres y varones en los procesos productivos/reproductivos. La sociedad capitalista se organiza bajo la lógica productiva (consecución de bienes y servicios) valorada socialmente, en desmedro de las actividades tendientes a la reproducción social, es decir las funciones que garantizan que se reproduzca la fuerza de trabajo (las tareas del hogar). “Lo productivo se ha asociado con el espacio público, con el trabajo remunerado realizado fuera de la casa y referido al género masculino; y lo reproductivo se asocia al espacio privado, de lo doméstico, y asignado culturalmente al género femenino. Esta división se sostiene a través de mecanismos de naturalización y de reproducción de patrones sociales y culturales” (Rodigou Nocetti et al, 2011).

Si bien las mujeres ahora también trabajan fuera de sus casas, desarrollan tareas que reproducen los estereotipos de género, como por ejemplo el de que las mujeres nacieron para ser madres, entonces tienen el rol de educar y cuidar a las personas (docencia y sanidad). De esta manera se afianza que las mujeres se concentren en ciertos trabajos o sectores, creando la división horizontal del trabajo que establece que existen tareas, oficios o profesiones femeninas “más adecuadas” para mujeres y otras actividades “masculinas” para varones (Kandel, 2006).

Estereotipos de género dentro del hogar

Un ejemplo de mecanismo naturalizado socialmente, utilizado para mantener el statu quo del varón sobre la mujer, es el llamado “instinto maternal”: por el cual las mujeres deberían sentirse obligadas a querer ser madres y a serlo, pero no basta con eso, deben ser altruistas al punto de renunciar a sí mismas por el bienestar de sus hijos. Se les exigen virtudes como la dedicación exclusiva, el espíritu de sacrificio, la renuncia personal, la abnegación, la capacidad de intuir naturalmente las necesidades de sus hijos y de vivir su crianza como un placer, etc. Cuando una mujer incumple esta norma es despreciada, criticada, considerada “una mujer incompleta” sin hijos, o si los tuviera pero no cumpliera con el “decálogo de virtudes de la buena madre”, como por ejemplo la que trabaja fuera del hogar y no está el 100% del tiempo cuidando de los niños, o se centra en su carrera profesional, es considerada una “mala madre”, narcisista, egoísta (Bosch Fiol, 2010).

Todos estos estereotipos significan una carga para las mujeres, creando sentimientos de culpa a quienes no se desempeñaran como lo manda la cultura en la que viven. Es decir, que la culpa se genera en aquellas mujeres que no se dedican exclusivamente al cuidado de los hijos, por la presión social que ejercen los estereotipos sobre lo que es ser “buena madre” (Bosch Fiol, 2010 y Bañón Castellón, 2010).

No obstante, algunos roles tradicionales sufrieron cambios, sobre todo desde la década del 70`, impulsando que los hombres deberían ser padres más activos en el desarrollo de sus hijos, aunque en muchos casos esto no significó que aumenten los niveles de cuidado de los niños (Paterna, Martínez y Rodes, 2005), o que las actividades de crianza ejercidas por los padres sean más bien esporádicas y vinculadas al espacio público (pasear, jugar, reuniones escolares, ir al médico, etc.), mientras que la madre realiza las tareas de crianza permanentes y en el espacio privado (levantar, acostar y bañar al bebé, lavar la ropa, preparar la comida, etc.). Es decir que las actividades domésticas y de cuidado siguen siendo responsabilidad femenina, aunque haya padres que se vinculen más en estas tareas como “colaboradores” o asumiéndolas como parte de la responsabilidad paterna (Maldonado y Micolta León, 2003).

Trabajo científico como forma de vida

En América Latina, las mujeres se concentran en sectores de menor productividad, con bajas posibilidades de ascenso, peores salarios, y más desprotegidas de la seguridad social comparadas con los empleos de los hombres. Comparando la participación de la mujer en la economía en general con su trabajo en las ciencias, éstas constituyen el ámbito más propicio de actividad, inclusive en la región latinoamericana las mujeres ocupan el 46% de los cargos en investigación, mientras que a nivel mundial, sólo llegan al 29%. Esto puede comprenderse desde la hipótesis que las mujeres ocupan los lugares anteriormente masculinos, cuando estos puestos se desjerarquizan social y económicamente (Rodigou Nocetti y otros, 2011).

Sbarbati (2015) expresa que “Argentina es el país del mundo, dentro de las 108 naciones con las que trabaja la UNESCO, que tiene mayor porcentaje de mujeres activas en la ciencia [...] Según el Instituto de Estadísticas de la UNESCO, 2012, el porcentaje de mujeres científicas es de 62% para Argentina [...] La alta tasa de Argentina hace subir a 46% el porcentaje global de América Latina, siendo así el mayor del mundo por región”.

Teniendo en cuenta que el ingreso de las mujeres al mercado de trabajo no se vio acompañado por una delegación de las tareas domésticas, sino que al trabajo reproductivo adjudicado socialmente, se les suma el trabajo productivo, se entiende que se haya intensificado la carga de trabajo femenino. Si sumamos que las investigadoras realizan un trabajo que “no se hace con horario de oficina, sino en todo momento” (Wainerman y Sautu, 2015), podríamos tener una situación conflictiva al ser mujeres que llevan culturalmente sobre sus espaldas la responsabilidad

de las tareas del hogar. En base a esto último nos preguntamos ¿cómo gestionan las científicas las tareas reproductivas? ¿Consideran tal gestión como un conflicto?

Metodología

Para lograr una aproximación a este fenómeno se realizaron entrevistas semiestructuradas a becarias e investigadoras del Instituto de Investigaciones Geo-Históricas CONICET/UNNE, fijando ciertos criterios de antemano. El tamaño de la muestra lo determinamos por saturación teórica, resultando ocho entrevistas a personas con las siguientes características:

- Tres investigadoras: edad entre 38 y 45 años; una investigadora asistente y dos adjuntas; dos casadas con hijos; una casada sin hijos.
- Cinco becarias: edad entre 29 y 36 años, una becaria de Perfeccionamiento UNNE, dos doctorales CONICET/UNNE, dos posdoctorales CONICET; tres casadas con hijos, una en concubinato sin hijos, una soltera/separada con hijos.

Resultados y conclusiones

Casi el total de la muestra expresó repartirse tareas con la pareja, aunque algunas mujeres consideran que sus maridos “las ayudan” con los hijos, o “comprenden” que ellas no pueden mantener el orden total de la casa. Una de las mujeres casadas y con hijos enuncia que es la encargada de las tareas de limpieza *“yo las hago, porque no me gusta tener a alguien dentro de mi casa”*, y para el cuidado de los hijos contrata una niñera y que *“por lo general, mi marido también me ayuda muchísimo. Tengo la suerte de que me acompaña mucho”*.

Esta concepción de “ayuda o comprensión” de los varones hacia sus parejas mujeres nos da la pauta de lo arraigadas que se encuentran los estereotipos de género, que implican que las mujeres son las encargadas de las tareas del hogar y a los varones no les corresponde porque su rol es de proveedor y no de cuidador. Encontramos, también, un caso de colaboración en las tareas domésticas por parte de los hijos, con pequeños quehaceres por la edad de los pequeños.

Las mujeres que tienen la posibilidad acuden a sus madres, suegras o hermanas (es decir, se apoyan en otras mujeres) para que las asistan en el cuidado de los hijos, no tanto en las tareas domésticas. Pedir ayuda no siempre es fácil: *“te cuesta entender que vos sola no vas a poder ¿sí? entonces fue que aprendí que tengo que pedir ayuda”*.

En el caso de las mujeres con pareja e hijos se observa que algunas contratan mujeres para los quehaceres domésticos y/o la atención de los niños. Si bien no todas las becarias e investigadoras están en la situación de poder pagar el salario de una empleada doméstica, las pocas que lo hacen cuentan con el respaldo económico que les da la complementación de su propia remuneración con la del marido. Las parejas sin hijos no requieren de los servicios externos para los quehaceres, y tampoco la becaria soltera con hijos.

Por otro lado, existe una consciencia por parte de algunas de las mujeres, sobre todo las becarias más jóvenes, sobre la existencia y permanencia de los estereotipos de género en sus propias casas: *“Creo que el cuidado de la casa, del hogar, sigue todavía recayendo mucho en la mujer. Que a pesar de tener que cumplir todos tus proyectos, vuelve a la casa y tiene que seguir ocupándose de que eso funcione [...] Eso es algo que no se pudo, en mi caso, revertir”*.

Otra becaria expresa que para poder desintegrar estos estereotipos dentro de su propio hogar, necesitó de la concientización de su marido. Sus hijos (varones) *“están siendo educados en un ámbito en el que ellos no reconocen que el trabajo doméstico es de las mujeres [...] con mucha consciencia de parte del padre, también [...] El desafío está en que los varones dejen su lugar de privilegio, de quedarse sentados y que se levanten, y levanten los platos y que laven, que preparen la mesa, que hagan eso como cualquier mortal”*.

A algunas de estas mujeres les genera culpa el hecho de no estar las 24 horas del día cuidando a sus hijos, o en ocasiones especiales *“por ejemplo, hacer viajes y dejar a mis hijos con el papá. ¡Que tampoco los estaba dejando con un extraño!, pero dejarlos con el papá me generaba una angustia muy grande”*.

A modo de conclusión podemos decir que, para gestionar el trabajo reproductivo las científicas recurren a diferentes estrategias: reparto de las tareas con la pareja y/o con los hijos; recurrir a otra familiar; contratar personal doméstico; realizar las tareas del hogar ellas mismas. Los

estereotipos de género se encuentran muy arraigados en las entrevistadas, sobre todo en lo referente a tareas del hogar, donde mayormente se reconocen como responsables de ellas.

Por otro lado, se evidencia en el discurso de las mujeres que sus parejas participan en el cuidado de los hijos. Esto coincide con Maldonado y Micolta León (2003), sobre los cambios en los roles de género, donde se evidencia una paternidad más activa, aunque en tareas esporádicas y vinculadas al espacio públicos. Las actividades de cuidado permanentes aun recaen sobre las mujeres.

Cuando acuden a alguien externo, como otros familiares o personal doméstico, siempre se trata de otras mujeres, reforzando los estereotipos de género. Esto se ve reflejado en todos los casos analizados, marcando una vez más la construcción social de que las mujeres son buenas cuidadoras, por el “instinto maternal innato” en cada una, o que su lugar se circunscribe en las tareas domésticas.

Se refuerza también la culpa cuando las mujeres deben dejar a sus hijos al cuidado del padre, o cuando deben acudir a otra persona porque “cuesta entender que no podés con todo”. La sociedad patriarcal define que aquellas madres que no están el 100% al cuidado de sus hijos no cumplen con el “decálogo de la buena madre”, y esto genera presión y culpa sobre las mujeres que no cumplen con esos mandatos.

Por último, coincidimos con Patricia Silva (2002) en que el tema de la conciliación no es un tema de las mujeres, es de la sociedad en su conjunto, ya que las personas no cambiaron sus proyectos de vida de forma voluntaria, sino que fue por los nuevos requerimientos de una sociedad capitalista que cada vez exige más trabajo y la familia pasa a ser un obstáculo. Por lo tanto consideramos que es de suma importancia que el Estado adecúe las políticas públicas para mejorar la vida de la población, permitiéndoles desarrollarse plenamente en sendos ámbitos sin tener que renunciar a uno para triunfar en el otro.

Bibliografía

- Aranguren Álvarez, W. (2011) Género y trabajo. Revista Estudios Culturales. Vol. 4 - N° 8, Julio-Diciembre, (219-233).
- Bolch Fiol, E. (2010) La construcción cultural de la maternidad y las culpabilidades añadidas. En Actas VI Congreso Estatal Isonomía sobre igualdad entre mujeres y hombres. Universidad Jaume I. Servei de Comunicació, España.
- Facio, A. (2005) Feminismo, género y patriarcado .Revista sobre enseñanza de derechos N° 6. Buenos Aires.
- Calvo, E. G. (2004) Hacia una nueva concepción de la paternidad y la maternidad. Arbor, 178(702), 401-419.
- Maldonado, Ma. C. y Micolta León, A. (2003) Los nuevos padres, las nuevas madres. Programa Editorial Universidad del Valle. Cali, Colombia.
- Rodigou Nocetti, M., Blanes, P., Buriyovich, J. & Domínguez, A. (2011) Trabajar en la Universidad: (Des) Igualdades de Género por transformar. 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Sbarbati Nudelman, N. (2015, 2 de julio) “Argentina es el país con el mayor porcentaje de mujeres activas en ciencia”. Recuperado de: <http://www.conicet.gov.ar/argentina-es-el-pais-con-el-mayor-porcentaje-de-mujeres-en-ciencia/>
- Silva, P. (2002) Conciliación, vida laboral y familiar: un desafío para las políticas públicas. En Olavarría, J. y Céspedes, C. (eds.) Trabajo y Familia: ¿conciliación? (pp. 107-118). Santiago, Chile. Flacso Chile.
- Wainerman, C. y Sautu, R. (2015) La trastienda de la investigación. Manantial. 2º Edición. Buenos Aires.